

hubiese sido imposible evitar alteraciones y enmiendas; al paso que el resultado de la votación plebiscitaria no ofrecía la menor duda. El país estaba ansioso de orden y sosiego, y el desechar la Constitución habría equivalido á querer llamar otra vez sobre él los horrores de la anarquía. Con todo, en lugar de acudir á las asambleas primarias, como anteriormente se había practicado, se abrieron libros-registros en las secretarías de los municipios, en los juzgados de paz, en los despachos de los escribanos y en las notarías, para consignar el voto afirmativo ó negativo de los ciudadanos. Al mismo tiempo, los Cónsules se dirigieron al país en un breve, pero enérgico manifiesto, declarando que la revolución, restablecida en los principios que la comenzaran, *estaba terminada*. El plebiscito dió de sí más de tres millones de sufragios favorables á la Constitución, que no tuvo en contra sino tres mil escasos; pero tanta era la impaciencia de Bonaparte, que el veintidós de Diciembre, cuando aun no estaba abierta la votación en algunos departamentos, promulgó la nueva ley política. Desplegando inmediatamente su portentosa actividad, consiguió que en cuarenta y ocho horas se nombrasen sesenta senadores, los cien tribunales, los trescientos legisladores y todos los consejeros de Estado. Ciertamente que los candidatos abundaban, habiéndose despertado inconsideradamente los apetitos al olor de las pingües plazas que era preciso proveer. El espectáculo rayó en la vergüenza y el escándalo, al punto que Bonaparte seguramente, que de todo sacaba partido, hizo que se exagerara bastante en un artículo publicado por el *Monitor*, que nueve días después iba á adquirir el carácter de periódico oficial. Se decía en el mencionado escrito: «Desde que la Revolución ha creado multitud de empleos con grandes sueldos, ¡qué de gentes están en movimiento! ¡Cuántos rostros desconocidos se apresuran á mostrarse! ¡Cuántos nombres olvidados bajo el polvo de la Revolución se agitan de nuevo! ¡Cuántos altivos republicanos del año séptimo inclinan la cabeza, para llegar hasta el hombre poderoso que puede colocarlos! ¡Cuántos Brutos vemos convertidos en pretendientes! ¡Qué de escasos talentos, qué de pobres servicios ponderados! ¡Y cuántas sangrientas manchas encubiertas! Este cambio prodigioso se ha verificado en un instante». A continuación se agregaba: «Esperamos que el héroe de la libertad, el que solo se ha conquistado fama en la Revolución por sus beneficios, contemplará tales maniobras con la repugnancia que no pueden menos de inspirar á toda alma elevada, no permitiendo que un enjambre de nombres, oscuros ó manchados, trate de ocultarse entre los rayos de su gloria»: palabras donde se descubre la verdadera intención de su autor. Al organizar el Consejo de Estado, atendió Bonaparte al carácter que había de tener de órgano exclusivo é intérprete fiel de la voluntad del gobierno, y lo formó con hombres de talento, ambiciosos, de capacidad acreditada ó de innegable competencia, como Roederer, Boulay de la Méurthe, Réal, Regnault de Saint-Jean d'Angely, Marmont y Defermont. El primer cónsul no se fijó en los antecedentes de los nombrados, diciendo en esta ocasión lo que en otras muchas, esto es, que no perte-

neciendo él á ningún partido, todo el que amase á Francia y quisiera servirla podía estar á su lado. «¿Qué republicano, solía repetir, dudará de mí, cuyo ministro de Policía es Fouché? ¿Qué antiguo gentil-hombre sentirá desconfianza viendo á Talleyrand al frente de los Negocios Extranjeros? He abierto ancho camino, donde hay sitio para todos los franceses; pero ¡desgraciado del que trate de desviarse, sea hacia la derecha, sea hacia la izquierda!» El cargo de senador recayó principalmente en reputaciones y celebridades, que deseaban recoger el premio de los servicios prestados más bien que ejercer influencia en lo porvenir, figurando, entre los primeramente designados, los nombres, algunos gloriosos, todos conocidos, de Laplace (que se había apresurado á abandonar el ministerio), Lacepede, Volney, Cabanis, Berthollet, Tracy, Monge, Garat y Kellermann. El Cuerpo legislativo se reclutó entre los individuos más inofensivos y complacientes del Consejo de los Quinientos y de la antigua y abyecta *llanura* de la Convención; eran, en su inmensa mayoría, hombres oscuros, que se deslizaban como sombras en las asambleas públicas, retrógados en sus tendencias, débiles en sus convicciones. En la composición del Tribunado entraron elementos de mejor calidad, senadores elocuentes y políticos que creían de buena fe en la conservación de la República, tales como, entre otros, Chenier, Andrieux, Estanislao de Girardin, Daunou, Riouffe, Beranger, Juan Bautista Say y Benjamin Constant, que la había deseado ardientemente; pero de todos los cuales prometiase el gobierno completa docilidad á sus deseos, esperanza que no resultó fallida respecto á la mayor parte de ellos.

El veinticinco de Diciembre inauguró Bonaparte su gobierno como primer cónsul, Iban transcurridos cuarenta y seis días desde el golpe de Estado; no había perdido el tiempo. Si le hubieran siquiera adornado las virtudes de Washington, ó no hubiese sido más ambicioso que Cromwell, habría levantado al pueblo francés á la cúspide de su grandeza, asentándolo sobre bases quizás incommovibles. Luego de salvar la Hacienda, reorganizar la Administración, restablecer la paz, restaurar la justicia, cicatrizar las heridas abiertas por el sangriento encono de los partidos y aquietar las pasiones, pudo hacer que renaciera la libertad hermanada con el orden, al amparo de su robusto brazo. ¡Obra admirable, como tal vez nadie la ha realizado! Prefirió, empero, convertir á Francia en instrumento de su odiosa autolatría, sujetarla al férreo yugo de su despotismo y sacrificarla á su sed de dominación. Cual si hubiese tomado al pie de la letra las palabras con que le saludó Kleber, después de la batalla de Aboukir: «¡Mi general, sois tan grande como el mundo!», creyó que su genio le bastaba para torcer en su provecho el curso de la Historia, dictar la ley á las naciones y ejercer el imperio universal. ¡Qué funesta ilusión y qué ciego desvarío!

Las Cámaras debían comenzar sus tareas el primero de Enero, y en el entretanto, el primer cónsul, ni perezoso ni remiso, quiso dar á conocer, por medio de varios actos so-

lemnes, su programa de gobierno. Al siguiente día de tomar posesión de su nuevo cargo, envió sendas cartas al rey de Inglaterra y al emperador de Alemania, en que, anunciándoles su advenimiento al poder, expresaba, en términos vagos y generales, su deseo de ver terminada la guerra. No se ocultaba á Bonaparte que ningún compromiso formal contraía con esto y que no era este procedimiento adecuado para entablar serias negociaciones de paz; sus alardes filantrópicos eran pura hipocresía; anhelaba reanudar las hostilidades, preparábase á hacerlo, como que el día antes, el veinticinco de Diciembre, había dicho en una proclama al ejército: «Al prometer la paz á Francia, era vuestro órgano, conocía vuestro arrojo. No se trata ya de defender nuestras fronteras, sino de invadir los Estados enemigos. Cuando llegue el momento oportuno, estaré entre vosotros y Europa verá que pertenecéis á una raza de héroes.» En otro manifiesto dirigido al país con la misma fecha, á vueltas de prometer que la República se granjearía el amor de los ciudadanos defendiendo el orden, la justicia y la moderación, y que al par se captaría el favor de los extraños por su fidelidad en cumplir los tratados y su respeto á la independencia de las naciones, hablaba de hacerla temible á sus enemigos por medio de fuertes ejércitos, el espíritu de cuerpo de los soldados y los ascensos garantidos á los oficiales; y poco después escribía á su hermano Luciano: «Si no necesitase de la guerra, comenzaría á labrar la felicidad de Francia por los municipios», y aparentaba participar de este mismo sentimiento, á fin de poder fingir que aceptaba la continuación de la lucha impulsado por la necesidad de la defensa. En su manifiesto al país, ni una sola vez deslizaba las palabras de libertad ó igualdad; mas en otro que dirigió al mismo tiempo á los negros de Santo Domingo, les ofrecía afianzarles para siempre el goce de aquellos derechos en una nueva Constitución que les anunciaba, y para desvirtuar el efecto de ciertas insinuaciones hostiles hechas por Inglaterra, mandó inscribir en letras de oro en las banderas de la guardia nacional dominicana el siguiente letrero: «Bravos negros, acordáos de que sólo Francia reconoce vuestra libertad y vuestra igualdad.» Mas todo esto era una añagaza, con la que se proponía adormecer á los negros en la confianza, ínterin no le fuese posible reconquistar la isla y restablecer en ella la esclavitud.

No descansaba el primer cónsul. El citado día veinticinco y los sucesivos, dictó el gobierno importantes medidas encaminadas á demostrar que no era vana la afirmación de haberse inaugurado una era para Francia. Se declararon caducadas de pleno derecho, como contrarias á la Constitución, las leyes que excluían de los cargos públicos á los parientes de los emigrados y á los exnobles, y se derogó el decreto que, levantando la condena de deportación ó de destierro lanzada contra algunos jacobinos á raíz del diez y ocho de Brumario, los dejaba, no obstante, sometidos á la vigilancia de la policía. Se permitió volver á Francia á los deportados sin formación de causa en distintas épocas y especialmente á las víctimas del diez y ocho de Fructidor, aunque debiendo fijar su residencia en

el punto que se les señalase, y regresaron, entre otros, al patrio suelo Boissy d'Anglas, Dumolard, Pastoret, Barrere, Portalis y Carnot, autorizándose á los tres últimos para establecerse en París. Se dispuso que los edificios religiosos siguieran destinados al culto, ordenando poner á disposición de los ministros de éste aquellos que ya no lo estuviesen, y como algunas municipalidades habían mandado que las iglesias no se abrieran el domingo, sino el día de fiesta del calendario republicano, se alzó tan tiránica prohibición. Surgieron dudas acerca de si dichos beneficios debían disfrutarlos exclusivamente los sacerdotes constitucionales ó si eran extensivos á los *no juramentados*, y el ministro Fouché manifestó que había sonado la hora de acabar con esas discordias no menos insesatas que funestas, previniéndose que de allí en adelante, en lugar del juramento, se exigiese á los eclesiástico simple promesa de obediencia á la Constitución. Insepultos hacia seis meses en una sacristía de Valencia del Delfinado los restos de Pío VI, los cónsules decretaron su sepelio, los honores que debían tributárseles y la creación de un monumento, donde se conservaran las cenizas y se perpetuase la memoria del Pontífice. Por entonces, no avanzó más Bonaparte en el camino de su reconciliación con la Iglesia; pero el clero, que empezó á respirar libremente después de diez años de incesante persecución, no ocultó su reconocimiento; aproximándose el día en que el nuevo soberano pudiese decir con verdad: «Con mis generales, mis gendarmes y mis sacerdotes hago lo que quiere en Francia. Finalmente, se abolió la bárbara fiesta del veintiuno de Enero, aniversario de la muerte de Luis XVI. Salta á la vista la conveniencia política y el carácter reparador de todas estas disposiciones.

No obstante la supresión de hostilidades convenida con los jefes de la Vendée y á pesar de las negociaciones con ellos entabladas, la pacificación de aquellas provincias no adelantaba un paso, vacilando los realistas entre someterse al nuevo gobierno, cuya fuerza temían, ó prolongar su resistencia, ante las instancias de los emigrados de Londres que, en nombre de Pitt, les ofrecían auxilios en hombres, armas y dinero. Bonaparte se resolvió á terminar la guerra civil, que consideraba como un baldón para Francia y causa de debilidad enfrente de los extranjeros, y en su consecuencia, el veintiocho de Diciembre se dirigió en términos sinceros y enérgicos á los insurrectos, prometiéndoles pleno perdón y olvido si deponían su actitud facciosa, y á los sacerdotes decidida protección y completa libertad para el culto, si lograban conducir á los descarriados al respeto á las leyes y al amor á la patria, fulminando, en cambio, la amenaza de arrasarse al país si eran desoídas sus exhortaciones; y para unir el efecto de la acción á la palabra, trajo fuerzas del ejército de Holanda y, agregándoles buena parte de la guarnición de París, reunió en el Oeste cerca de setenta mil hombres, cuyo mando entregó, no al prudente y conciliador Hedouville, que quedó como segundo, sino al antiguo terrorista Brune, vencedor de los anglosusos.